



# La violencia del caos en medio de la nada

Estefanía Ibarra Arias

*Lic. en Estudios del Arte y Gestión Cultural UAA, 6° semestre*

*En primer lugar existió el Caos...*

*Del Caos surgieron Erebo y la negra Noche*

Hesíodo

**P**ensar en la palabra *naturaleza* dentro de este mundillo llamado arte me remite a cientos de años de historia musical, visual, archivística y literaria; es, en fin, un tema de recurrente búsqueda inspiracional para creadores artísticos de distintas disciplinas. De entre todos los nombres que se me pudiesen ocurrir, salta a mi memoria uno que capturó mi atención de manera especial, que con sus pinceladas y pensamientos me envolvió en su propio mundo hasta el punto de ser objeto de esta crítica; me refero a un romántico que sentó las bases de un posterior impresionismo, Joseph Mallord William Turner.

Mejor conocido como J. M. W. Turner, o sólo Turner (23 de abril de 1775-19 de diciembre de 1851), fue un artista londinense, romántico por su periodo artístico, pero impresionista por su técnica, quien, durante toda su carrera como pintor y con una vorágine de luces y sombras, se dedicó a expresar lo inexpresable y pintar lo que no tiene rostro: el origen de la nada envuelta en el caos, la estética de lo sublime.

Entre los comentarios acerca de las obras de Turner existe una historia del momento anterior a la creación de *Tormenta de nieve: un vapor antes de entrar al puerto* (1842), la cual relata que el pintor se encontraba en el puerto de Harwich,<sup>1</sup> donde se acercó al capitán del Ariel, un barco de vapor anclado al puerto, y le pagó para que sus hombres lo amarraran al mástil y así pudiera presenciar la tormenta que se avecinaba cuando el barco zarpara mar adentro (Almena 57). Por

<sup>1</sup> Turner era conocido como el “cazador de tormentas” por las impactantes impresiones que realizaba de los momentos más intensos de ellas.

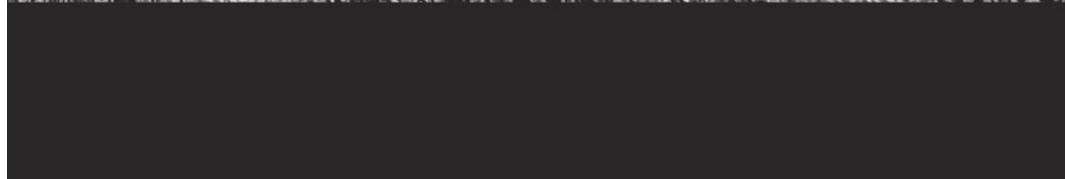
inverosímil que pueda sonar la historia (porque, he de ser honesta, entre esos años Turner tendría alrededor de 60 años, así que un hombre de esa edad persuadiendo a un marinero que conoce al océano y sus caprichos para que lo exponga a una tormenta de nieve que podría acabar con su vida, suena bastante como una leyenda para mí), el resultado está representado en un lienzo tan lleno de claroscuros, sensaciones vivas y movimiento, los cuales transmiten la esencia del caos en su forma primigenia: la nada.

*Tormenta de nieve: un vapor situado delante de un puerto hace señales en aguas poco profundas y avanza a la sonda. El autor se encontraba en esa tempestad la noche en que el Ariel abandonó Harwich* es el nombre completo del cuadro, un óleo de 91x122 cm de paisajismo monumental con una mezcla salvaje de pinceladas sin dirección aparente, pero que en su conjunto es la imagen impresionista de una tormenta en su apogeo, al ser precisamente una impresión de ese momento específico, a partir de la concepción subjetiva que el autor le otorgó. El barco es simbolizado por el color negro que da forma al cuerpo de la nave y manchas blancas, las cuales son las velas izadas, atravesadas por la poca luz que logra arrastrarse por entre el movimiento circular que fusiona en múltiples movimientos de la paleta, el aire, el agua y el cielo. Con una combinación entre el uso de una paleta de colores, cuchillas, pinceles e incluso dedos, Turner recrea, a partir de impastos en el lienzo y terminados que recuerdan un blanqueamiento entre hollín y barro, la energía que experimentó durante la tormenta y las visiones que ésta desarrolló ante sus ojos. Las nubes, el océano, el oscuro cielo de la noche y las violentas ráfagas de nieve y agua se encuentran en una danza tan violenta que las zonas más oscuras destacan de entre las claras y las claras no pierden valor; el núcleo caótico de la tormenta es revelado en su descontrol.

El concepto y el objeto de la obra se desdibujan y abren paso a una imagen nueva para el receptor. Desde su subjetividad, Turner abre una perspectiva de inmersión en la obra al lograr que aquel que la esté observando pueda sentirse dentro de la tormenta, como si de verdad hubiese estado en ese momento y fuese capaz de sentir al mar moviéndose conmovido por el cielo, quien embiste con fuerza sobre el mundo sus pétalos de congelamiento blanco, y todos, en un solo momento, son tragados por la negrura de la noche. Tal vez en el momento anterior a esta inmersión, o el posterior, según



*Que el agua toque la tierra, Xóchitl Barrientos Díaz de León.*





se diere el caso, el receptor note que, aunque la obra puede lograr, ya sea por sus pinceladas, su técnica o su concepto-objeto, sumergir a quien la observa dentro de su tormenta interior, la pieza sigue pintada desde la perspectiva de alguien que se encuentra fuera de la tormenta, como un simple espectador a la lejanía del momento, alguien ajeno a lo que sucede. Por lo tanto, la lectura que se puede realizar sobre el cuadro es doble: puede sumergirte en ella o mantenerte aislado de la misma.

Ser espectador y, posteriormente, plasmar un paisaje en calma ya es una tarea complicada en sí misma. Representar una imagen que, durante el momento de su análisis, entendimiento y observación, no presentó algún momento de apaciguamiento y que además logró capturar y transmitir la esencia del momento, es hablar de un genio o de un loco. Turner, en este caso, retrató a una naturaleza descontrolada y caótica en la que el hombre, situado dentro del cuadro como un admirador presente en el momento pero completamente ajeno a su realización, no es más que una hormiga en el universo. La naturaleza, por sí sola, es creadora y madre destructora, dadora de paz y protagonista de pesadillas; y entonces, lo que en un inicio parecía ser una representación de una tormenta en su apogeo, cambia y se transforma en un momento íntimo entre arriba y abajo, cielo y tierra; tan profundo y misterioso como la misma conformación del Caos para Hesíodo y su separación entre Erebo y Nix, oscuridad y noche.

La estética de lo sublime, el concepto central de esta pieza, se deja vislumbrar en la inmensidad del caos contra la pequeñez del hombre, pues se antepone la capacidad de su percepción a la inmensa nada. Ambos son un todo que se complementa; una relación compleja entre dos entes que buscan su bienestar al tiempo que su destrucción; es un recordatorio de la belleza que puede encapsular algo tan inconmensurable y temible. Algunos locos, o tal vez genios, han querido mantener ese momento consigo, por lo que han escrito diarios, libros, poemas; han grabado películas o capturado fotografías; y algunos otros, como J. M. W. Turner, han sido lo suficientemente osados para atreverse a dar una imagen visual de ella, por medio de la pintura, y hacerlo de manera que la locura le da la mano a la cordura, donde lo irracional de una pintura en movimiento se

transforma en lo único que podría tener sentido para expresar la volatilidad del clímax entre la naturaleza y el caos.

Locos o genios, ambas figuras dejaron la posibilidad abierta de cuestionarme una y otra vez mi papel frente a la obra, es decir, subirme al barco de la estética de lo sublime y dejarme abrazar por el caos en medio de una tormenta de nieve, avanzar en aguas poco profundas y abandonar la costa, o quedarme en puerto seguro y no vivir la experiencia de la violencia del caos en medio de la nada.



Turner, J. M. W. *Snow Storm: Steam Boat off a Harbour's Mouth*. 1842. Tate Gallery, Londres.

Tate. Web. 30 de marzo del 2020.

### ***Fuentes de consulta***

Almena, Carmen Cabrejas. "J. M. W. Turner". *Grandes pintores del romanticismo europeo*. Madrid: Museo del Romanticismo, 2015. Presentación.